

# Un ciclo gauchesco: cambio y permanencia

*Segundo Tri*

Las grandes obras literarias, aun aquellas que por su originalidad parecen desprenderse del lastre del tiempo y adelantarse a su época, no obstante ello conservan siempre el color de la tierra en que nacieron, la frescura de las aguas que las nutrieron. Toda obra valiosa — que por serlo, parece flotar en una atmósfera de intemporalidad— nace, sin embargo, en un espacio y un tiempo determinados, que dejan signados en sus flancos un lugar y una fecha. De ese modo, la imagen más o menos acabada del proceso histórico, de la evolución de un pueblo, surge nítida y patente de aquellas que son su producto, que concibió la misma matriz.

Así, *Facundo*, *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra*, no obstante su palpable disimilitud, trazan el itinerario ideal de un ciclo completo de la concreta realidad de nuestro país en una determinada área geográfico-histórico-social y cultural: la del campo argentino. La genial visión del ensayo de Sarmiento, la obra maestra de la poesía gauchesca y la moderna y hermosa novela de Güiraldes, huellan el áspero camino recorrido durante la centuria anterior y parte de la presente. Un ciclo completo de evolu-

ción: una realidad en continuo cambio y, en el cambio, y a través del cambio, lo permanente en su esencia.

Dimensión temporal que transcurre en confines espaciales: las pampas, las llanuras; un jinete las transita, un tipo humano: el gaucho. Partido a la carrera, briosa y ágil, desenfrenada a ratos, llega a la meta en manso galope, como agua tumultuosa que se remansa. Ya antes, en un recodo del camino, al descansar en la pulpería, ha abarcado la ruta recorrida con mirada añorante, antes de proseguir la marcha: *Facundo*, *Martín Fierro*, *Don Segundo Sombra*.

Tres obras representativas; cada una de ellas, producto y testimonio de su hora, la expresan cabalmente, y muestran en cada caso una realidad con caracteres propios, única e irrepetible, cavando el cauce de las diferencias. Pero por el cauce fluye el tiempo, arrastrando el caudal que crece y se engruesa constantemente, matizando la superficie. Obras de su obra, pero que, por los intersticios abiertos en el ropaje literario, en el momentáneo desaliño del estilo, en la caída accidental del análisis o en los pasajeros desmayos de la acción, permiten vislumbrar la recia osatura, la per-

manente y sólida urdimbre de esa realidad variable y matizada: un medio geográfico-social, un tipo humano. Conservación y cambio.

*Facundo* representa los orígenes; *Don Segundo*, el término del ciclo. Entre los dos puntos liminares, *Martín Fierro*: intersección de los caminos; móvil e inestable, huidizo presente, en el que la escrutadora mirada del poeta descubre su anudamiento con el pasado. Y la detiene en éste, en morosa y añorante contemplación. Visión nostálgica de lo vivido y ya devenido, de lo que ya fue en su íntima contextura, irreversible e irreplicable, de lo pretérito y culminado. Sólo podrá pervivir transformando su sólida corporeidad, desgastando sus contornos, haciéndose elástico y fluente para conformarse en nuevos moldes. Pero la visión nostálgica de la realidad, añorante del pasado, entraña la tácita aceptación de que ya es "pasado", de que ha muerto definitiva e irremisiblemente. No hay renacimientos. Y el poeta llora su desaparición, como el legendario payador, en magníficos versos; poético responso que ha de correr caudaloso por las huellas de la tradición ya en formación. Cabe aquí el símil: Santos Vega baja sus armas —amortaja de silencio su guitarra— ante Juan Sin Ropa.

*Facundo*, en cambio, tumultuoso y tenso, dispara hacia el porvenir. El pasado, entrañado en el presente, corporiza su permanencia y continuidad, real y sustantiva, con la perduración de ideas, creencias, costumbres y tradiciones, que dan bulto a lo nuevo y perfuman con el aroma de pretérito ya devenido. De ahí que, ante el tribunal de la crítica, se haga comparecer a ambos, pasado y presente, para enjuiciarlos conjuntamente. Pasado, presente, denso y duro suelo que huella el jinete que ha partido del desierto.

*Don Segundo Sombra* es la meta. Cabalgadura y jinete descansan al término de la carrera. Descanso pleno, satisfacción de fin de jornada cumplida. Y habrá que esforzarse para lograr el reconocimiento del jinete, el gaucho que, a la sazón, ha abandonado su chiripá, para trajearse con la ropa nueva del peón de campo, como el reserito se acicala para asistir al baile en la casa grande del patrón.

\* \*

Obras disímiles en su intención y en su factura literaria, ofrecen, no obstante, un elemento común para su comparación. La permiten, en primer lugar, sus títulos: tres nombres propios, aunque sólo uno de ellos apunta a un personaje histórico. La referencia, en las tres, se dirige, pues, al hombre; el hombre, que comparte su acción protagónica con el medio en que se desenvuelve la acción: las llanuras, las pampas, el campo argentino. Hombre y medio; aquél, desgajado de éste, pierde su fisonomía particular, desdibuja sus rasgos distintivos; una honda solidaridad los une y enlaza. Ni hombre abstracto, pues, ni desnudo medio geográfico deshumanizado. Y el tiempo que los distancia entre sí surcará en sus rostros las huellas diferenciales, como el cuchillo el de los adversarios.

Pero tampoco el tiempo en su vacía abstractez incolora. Tiempo humano, con arterias por las que fluye la sangre de las pasiones, alimento de ideas y creencias, de acciones y luchas. Móviles y motores de todas las transformaciones acontecidas en el lapso que transcurre desde *Facundo* a *Don Segundo Sombra*. Transformaciones que, a su vez, han modificado a su actor, al hombre, producto y productor. Tiempo humano, vida humana que se sustentan en obras e instituciones.

*Facundo* y *Martín Fierro*, ambos por igual, enjuician a "su" presente, y sus

## MIRADOR

críticas levantan los velos y desnudan la realidad, muestran los males, las injusticias y las crueldades que afean el país y envilecen al hombre que las habita. Males, ignorancia, injusticias y crueldades: tal es, en cada caso, el presente. Pero más allá de esta semejanza, una profunda diferencia se manifiesta con evidencia. Las causas del mal, en el *Facundo*, provienen del medio físico, geográfico, y de la herencia del pasado, conjuntamente. El medio físico: la gran extensión, las llanuras sin límites, las pampas, el desierto. La herencia histórica: raza, creencias, tradiciones, hábitos, costumbres que, llegadas por la ancha y directa vía del pasado colonial, multiplican la carga de errores y males del presente. Prolongación del pasado en el presente, aunque neta distinción entre ellos; y, además, conciencia de la necesidad de romper las ataduras del pasado para transformar el presente.

En el *Martín Fierro*, en cambio, ni medio geográfico ni legado histórico constituyen las raíces del mal: es el producto de la civilización, de la que ha nacido de la acción y el pensamiento de los hombres de la Organización, que ha borrado ya buena parte de las formas de la anterior, a la que está substituyendo y amenaza con desarraigarla totalmente. Destrucción del pasado valioso, que evoca nostálgicamente *Martín Fierro*, Rousseau criollo iletrado, que llora inspiradamente la desaparición de su Paraíso, la del "hombre natural" de las pampas: "Yo he conocido esta tierra — en que el paisano vivía..." "...Era una delicia el ver — Cómo pasaban los días" "...¡Ah tiempos!... Visión nostálgica del pasado, visión pesimista del presente.

En *Don Segundo Sombra* no se advierte actitud crítica alguna. El presente se vive plenamente; la narración gozosamente resalta y da relieve a los aconte-

cimientos diarios y comunes; afanes, penas y alegrías; trabajos y ocios: vida cambiante y rica en lo nimio y la superficie, deslizándose sobre los férreos rieles de los grandes lineamientos cíclicos. Y así se capitaliza el caudal creciente de la experiencia, que cala en hondura, pero sazona y aligera el gracejo y la picardía criollos, y la despoja de amargura. Visión optimista de la vida presente.

\* \*

Imposible es, se ha afirmado, separar hombre y medio en el *Facundo*. Medio ambiente y hombre; escenario y actor. Pero el hombre es la historia. Ésta se manifiesta, en primer término, en la composición étnica de la población, fusión de las "razas" española e indígena, más el escaso aporte de la negra: de ello "ha resultado un todo homogéneo que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial..." "El gaucho no trabaja"; la pereza lo domina. Calidad negativa que es un producto histórico, pero que el medio intensifica y refuerza, pues la facilidad de proveerse de vestidos y alimentos hace innecesario el trabajo del hombre. La "procreación espontánea" del ganado facilita la satisfacción de sus reducidas necesidades inmediatas, y vive "feliz" en medio de la pobreza y las privaciones; su frugalidad es proverbial.

"Las atenciones que el ganado exige se reducen a correrías y partidas de placer", para lo cual, claro está, debe poseer caballo: su propiedad, su lujo y su orgullo. Con el caballo devora distancias, obvia peligros y, además, se florea. Un buen parejero alimenta su orgullo y su vanidad, la destreza en su manejo, es una necesidad. De ahí se deriva esa peculiar "educación del hombre del campo", que reemplaza a la que ofrecen la "civilización y el progreso", es decir, la que florece cuando los hombres "están re-

unidos en sociedades numerosas". En la sociedad pastoril, en cambio, sus normas son las de adiestrarse en el manejo del caballo, el dominio en el lanzamiento del lazo y las boleadoras y en matar reses, y esto último lo familiariza con el derramamiento de sangre, que "endurece su corazón contra los gemidos de sus víctimas", y hace que "su carácter moral" se resienta de "su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza"; así llega a ser "fuerte, altivo, enérgico". Desarrollo de las fuerzas físicas, agilidad y coraje; habilidad en el manejo del cuchillo: de ello dependerá frecuentemente la conservación y seguridad de su vida: matar o ser muerto. Escuela de la dura necesidad, que lo lleva a la creciente comprobación de la inseguridad de la vida, que tan fácilmente puede perderse. La vida, valor supremo, frágil y efímero, que pende de la punta del filoso cuchillo; para prolongarla, es necesario defenderla; para no morir hay que matar (Bien entendido que, el gaucho argentino no "toma el cuchillo para matar";... "su objeto es sólo marcarlo" [al adversario]; mata únicamente cuando su vida se halla en peligro o "está borracho"). Es esa "cierta tintura asiática" que las llanuras imprimen a la vida de las campañas argentinas. Fatalismo del gaucho, que ribetea de indiferencia casi todos los actos de su vida, cuya carrera puede terminar en una rodada a la vuelta del camino. No es que ante ella adopte una actitud pasiva; toda su energía moral y sus fuerzas mentales se dirigen a utilizar las físicas para afrontar adecuada, viril y estoicamente las vicisitudes innúmeras, imposibles de prever: "Que suele quedarse a pie, — el gaucho más advertido". Endurecer el cuerpo para poder soportar las inclemencias del clima, los riesgos de las faenas pastoriles. Pero, ¿cómo distinguir las fronteras que separan el cuerpo del alma? Endurecer

el cuerpo puede ser también transmitir rigidez al alma, incapaz ya de "escuchar los gemidos de sus víctimas". El desierto físico, el geográfico, al impedir la asociación humana, ha prolongado su sequedad y aridez al alma del hombre; erosión eólica que ha secado las fuentes vitales.

Medio físico y herencia histórica, en el *Facundo*, apretadamente enlazados, como cuero bien trenzado, han conformado al hombre de la campaña. Han edificado un ambiente social, una atmósfera humana. Sus influencias han llegado hasta las entrañas del hombre de las llanuras; han creado el gaucho. Y lo dotaron en su cuna de todas sus cualidades, positivas y negativas: un tipo humano producto de la mestización de razas, frugal y aguantador; altivo, arrogante y orgulloso; independiente y libre hasta lindar en lo anárquico; fatalista que acepta con indiferencia estoica lo que la vida —la necesidad— le depara: jinete sin igual, que maneja con suma habilidad el lazo, las boleadoras y el cuchillo; enclaustrado en un individualismo celoso y bravío... Pero también florece "un costado poético" en la piel dura y curtida de esta figura varonil: "Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra". El gaucho argentino es "poeta, músico y cantor"; colorida vegetación de oasis.

Medio físico y herencia histórica: un tipo humano, el gaucho.

\* \*

Paulatinamente, la acción humana fue transformando el ambiente. Nuevas formas políticas, concepciones distintas de la vida social. Actividades encaminadas a otros fines; iniciación de labores agrícolas, cultivo de la tierra, siembra de grano, plantación de árboles, inmigración, aumento de la población, con su lenta

## MIRADOR

siembra de viviendas en las llanuras. Delimitación de las propiedades, alambrados. Escuelas, instrucción. En el cauce del tiempo, nuevos aportes se amalgamaron con los de la herencia histórica, que comenzó a perder su fuerza influyente primigenia. Ocaso de la sociedad pastoril. Estas transformaciones, con su influjo, ¿cambiarán el perfil de hombre, del gaucho?

La civilización enjuiciada en el *Facundo*, la pastoril, cuando aparece el *Martín Fierro*, ya ha sido casi totalmente desplazada por otra nueva, en pleno desarrollo aún, que amenaza descalzar sus cimientos y desalojarla totalmente. Caída de la tarde, tenue luz de sol poniente que embellece lo que las sombras de la noche van a cubrir. La añoranza aroma el recuerdo de lo que fue. ¡Ah tiempos...!, canta *Martín Fierro*, y su crítica justa va saizando en los costados negativos de esa su civilización presente. Pero la intensidad de la reacción sentimental que la motiva, tiñe de pesimismo su visión y oscurece la del porvenir. El poeta presente proféticamente la desaparición del gaucho, y la angustia impregna su canto, sentencioso y admonitorio: "Cantando me he de morir..." Las coplas que le "brotan como agua de manantial" cubren de belleza la soledad y el desamparo en que sumen al gaucho los atropellos y las injusticias, la adversidad en que lo arrojó "el mal trato".

\* \*

En el *Martín Fierro*, el medio geográfico-histórico ya no comparte con el hombre su función de protagonista. El desierto es sólo el espacio vacío, el duro suelo que recorre el caballo camino a la "frontera", la toltería. No ejerce influencia substancial sobre el gaucho, ya en posesión de sus cualidades esenciales. Sí la ejerce, en cambio, el medio político-social, pero no sobre sus fibras íntimas y

ocultas, sino sobre su periferia, sobre la "costra" de los hábitos creados por la vida social.

\* \*

*Facundo*, los orígenes; *Martín Fierro*, recodo del camino, sociedad en transición; *Don Segundo Sombra*, meta, fin del ciclo. Jinete y caballo cruzan la frontera de las dos centurias.

El "campanario de la iglesia" destacado "sobre el tendido caserío bajo" anuncia la cercanía del poblado. Puente sobre el río, área de quintas, calle cercada de paraísos, la pulpería. El desierto ha quedado atrás; en el espacio, más allá de los trigales; en el tiempo, en el espejo embellecedor de la memoria. "Lo que había que decir estaba dicho". El nudo que enlazaba civilización y barbarie ya ha sido desceñido.

El chico, el futuro reserito, contempla al paisano: fuerte, ágil y hábil; altivo, libre, leal consigo mismo y con los demás, con su "confianza puesta en el coraje". Cualidades del gaucho, que el espejo del tiempo refleja en su identidad, "como tropilla de un pelo". Continuidad y permanencia.

El paisano es resero y domador; jineeta con sus compañeros, los del mismo oficio y con los "piones" de estancia. Hombres que trabajan, que forman parte de una comunidad que se rige y regula por normas jurídicas y morales, tácitamente acatadas, y que amoldan y suavizan dentro de cánones sociales al arisco instinto de independencia anárquica. Cambio, pero cambio que no destruye lo esencial y perdurable.

*Facundo*, *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra*, diferenciados en su vestimenta temporal, van apareados en una "galopiada" por la pampa ya sin caminos de retorno y repechan la lomada de las realidades pretéritas. La luz del atardecer confunde sus figuras.